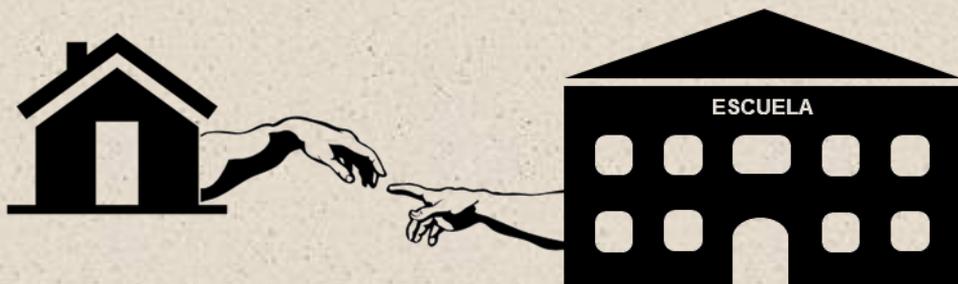


LUIS MANUEL MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ

- Coordinador -



# ESCUELA DE FAMILIAS

## Del arte a la educación



Cofinanciado por el  
programa Erasmus+  
de la Unión Europea



Erasmus+



MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN, CULTURA  
Y DEPORTE

sepie

El apoyo de la Comisión Europea para la elaboración de esta publicación no implica la aceptación de sus contenidos, que es responsabilidad exclusiva de los autores. Por tanto, la Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida

**LUIS MANUEL MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ**

**- Coordinador -**

**ESCUELA DE FAMILIAS**  
**Del arte a la educación**

*Dykinson, S.L.*

Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

© Copyright by

Los autores

Madrid, 2019

Editorial DYKINSON, S.L. Meléndez Valdés, 61 - 28015 Madrid

Teléfono (+34) 91 544 28 46 - (+34) 91 544 28 69

e-mail: [info@dykinson.com](mailto:info@dykinson.com)

<http://www.dykinson.es>

<http://www.dykinson.com>

Consejo Editorial véase [www.dykinson.com/quienessomos](http://www.dykinson.com/quienessomos)

ISBN: 978-84-1324-539-3

# Índice

INTRODUCCIÓN.....	6
CONTENIDOS VERTEBRADORES DE TODA ESCUELA DE FAMILIAS.....	7
EL EFECTO DE LAS PANTALLAS EN LA EDUCACIÓN EMOCIONAL DE LOS MENORES. LA CONVENIENCIA DE PROMOVER EL ARTE DESDE LAS FAMILIAS .....	39
TÉCNICA CONECTIVA, EL TEATRO COMO HERRAMIENTA. EDUCAR CON CUERPO Y ALMA .....	60
APRENDIZAJE SERVICIO: UN PUENTE ENTRE LA ESCUELA Y EL ENTORNO. IMPLICACIÓN DE LAS FAMILIAS .....	84
ESCUELAS DE FAMILIAS Y PARTICIPACIÓN DE LAS FAMILIAS EN LA ESCUELA .....	111
AYUDAR A LAS FAMILIAS A HABITAR COMO UN “NOSOTROS MADURO” .....	125
BIBLIOGRAFÍA.....	140

## *Introducción*

Este libro es resultado del trabajo realizado dentro del Proyecto *Arte por la convivencia* que incorpora ayuntamientos, centros escolares, universidades y ONG de 6 países (Alemania, España, Italia, Portugal, Bélgica y Hungría).

Desde la experiencia de cada uno de las organizaciones participantes, el proyecto persigue crear a nivel europeo un espacio para el intercambio de buenas prácticas, experiencias y materiales, que sirva para la creación de un modelo que perdure en el tiempo, más allá de la experiencia o personas que lo ponen en juego, desde un trabajo por la convivencia y desde el encuentro de personas de diferentes culturas de origen que conviven en nuestras ciudades y en los centros educativos.

El propósito del proyecto es aunar y desarrollar un modelo europeo de intervención conjunto que fortalezca la dimensión europea y permita implementar de forma permanente experiencias educativas de éxito que perduren en el tiempo y posteriormente, implementarlas en otras entidades europeas.

Este libro, dentro del proyecto, ofrece una síntesis unificada de los cursos formativos y sesiones artísticas con las familias del alumnado participante, para que puedan ser transferidas en otros contextos.

## Capítulo IV

### *Aprendizaje Servicio: un puente entre la escuela y el entorno. Implicación de las familias*

MARTA GÓMEZ GÓMEZ

*Universidad Rey Juan Carlos*

#### 1. ¿POR QUÉ HABLAMOS DE APRENDIZAJE-SERVICIO SOLIDARIO?

Desde hace ya algún tiempo estamos experimentando en el ámbito educativo una serie de cambios de diversa índole (legislativos, económicos, tecnológicos, pedagógicos...) que están transformando la manera de enseñar, la manera de aprender y, en definitiva, la manera de entender el proceso de enseñanza-aprendizaje. El sistema educativo está en un continuo proceso de adaptación a las necesidades actuales. La irrupción de las tecnologías en las aulas, la expansión imparable del inglés a todas las etapas educativas, la desorbitada oferta de actividades extraescolares para que los niños continúen unas horas más en los centros educativos, etc., nos invita a reflexionar sobre la razón de ser de todo esto: el niño.

Ante tanto cambio vertiginoso se hace imprescindible volver al origen de todo, volver a pensar en lo realmente importante, la educación de nuestros estudiantes. Desde la Constitución española (1978) en su artículo 27.2, las diferentes leyes educativas, como la actual Ley orgánica para la mejora de la calidad educativa (LOMCE, 2013), nos recuerdan que el objetivo general de la

educación es garantizar la formación integral de los estudiantes que contribuya al pleno desarrollo de su personalidad. Porque realmente esto es lo importante, que el estudiante, independientemente del curso o etapa educativa que esté cursando, sienta que está desplegando todas y cada una de sus áreas de desarrollo y sienta que está construyendo su propia personalidad. En todo este proceso es indudable el papel que tienen factores como la educación en valores, las experiencias de aprendizaje, el rol del estudiante, las relaciones sociales que se generen, etc.

Sabemos que somos seres sociales, por lo que necesitamos de un otro para complementarnos. Tal y como afirman Lotti y Betti (2019) es importante entender la práctica del yo en relación con los demás, pues el contexto social nos delimita, nos conforma y nos completa. Sin embargo, hoy en día estamos siendo testigos de situaciones y actitudes de excesivo individualismo (Abad y Espinosa, 2018). La competitividad que en ocasiones impera en nuestros días hace que sea urgente reflexionar sobre el enfoque que le estamos dando a la educación de nuestros niños tanto desde los centros educativos como desde los hogares.

Por ello, se hace necesario trabajar en los centros escolares desde metodologías que no solamente se centren en la adquisición del conocimiento, si no que consideren las competencias personales y emocionales de los estudiantes como la principal razón de su puesta en práctica.

El Aprendizaje-Servicio Solidario (en adelante ApS) es una manera de entender el proceso de enseñanza-aprendizaje vinculado a la conexión con el entorno del estudiante, con las necesidades de su alrededor y con la responsabilidad de poder/querer hacer algo para mejorarlo. Por esta razón es mucho más que una metodología. Es una manera de que el estudiante, cualquiera que sea su edad, comience a mirar a su alrededor, a comprometerse con las

necesidades, a transferir sus conocimientos y habilidades y, también, a ser una mejor persona.

Como comentan Lotti y Betti (2019) no es suficiente cuidarnos a nosotros mismos, sino que cuidar y servir a los demás se convierte en una necesidad social para autorrealizarnos y complementarnos como personas. Por ello, el ApS emerge como paradigma que permite al individuo nutrirse para/con los demás. Es una experiencia que tiene un alto impacto en todos los sentidos: académico, competencial, social y emocional. Es por ello, por lo que se apuesta por metodologías de enseñanza que impliquen a los estudiantes, que les conecten con los contenidos académicos de su curso, pero, sobre todo, que les vinculen con la realidad de su entorno. Esta metodología enlaza el enfoque tradicional del proceso de enseñanza con la innovación que supone aplicar en un contexto real lo aprendido en el aula siendo solidario.

Desde el lugar que ocupa la familia en la vida del niño se hace imprescindible enseñar también en los hogares esos valores tan necesarios para el correcto desenvolvimiento en una sociedad plural y global como la actual. Así mismo, es preciso que las familias conozcan, apoyen y se impliquen en las iniciativas que desde los centros educativos se pongan en marcha para conseguir estos objetivos de manera conjunta, pues la educación en valores es una labor de todos.

## 2. CONOCIENDO EL ApS

### 2.1. Lo que es y lo que no es ApS

Estamos ante una metodología con una gran trayectoria en países como Argentina, Estados Unidos, Holanda y otros, sin embargo, en España, aunque ha llegado más tarde, las iniciativas y experiencias en ApS, así como los grupos territoriales o Redes

promotoras en las diferentes comunidades autónomas, han crecido vertiginosamente en los últimos años (Battle, 2013). Una de las definiciones más conocidas de Aprendizaje Servicio es la proporcionada por Puig, Batlle, Bosch y Palos (2006). El ApS es una “propuesta educativa que combina procesos de aprendizaje y de servicio a la comunidad en un único proyecto bien articulado en el que los participantes aprenden a la vez que trabajan en necesidades reales del entorno con la finalidad de mejorarlo” (p. 20). En esta línea, para la Red Española de Aprendizaje Servicio el ApS es “aprender haciendo un Servicio a la comunidad”. Es decir, el “*learning by doing*” que aboga Dewey, pero con un añadido interesante: el entorno, la comunidad, la sociedad. No hace falta pensar en grandes problemas, como la paz en el mundo, o en grandes necesidades, como la pobreza mundial. El ApS es perfecto para actuar en un círculo cercano y accesible al individuo. Probablemente, cuanto más cercano, más conscientes y sensibilizados estemos con las necesidades y, por tanto, mayor compromiso adquiramos.

Este aprendizaje experiencial ofrece a los estudiantes la oportunidad de desarrollar su pensamiento estratégico. Esto es así pues al trabajar en situaciones reales que no son simuladas deben saber responder de manera seria y solidaria ante el análisis de esa realidad, la detección de necesidades, el diseño y planificación del servicio, la ejecución del mismo teniendo en cuenta los participantes, los recursos, las limitaciones, etc., y por supuesto, la reflexión y evaluación (Uruñuela, 2016).

En ocasiones, los estudiantes se preguntan “¿esto, para qué sirve?”. Desde las aulas a veces no se les muestra el verdadero valor y la aplicación de los conocimientos que les estamos enseñando. Ese aprendizaje significativo pueden descubrirlo por ellos mismos, pero en otras muchas ocasiones se pierde por el camino. A través del ApS descubren el sentido y la utilidad de lo que están aprendiendo. Se implican en la práctica, por lo que el

aprendizaje es acción y, por supuesto, todo este proceso pasa por la motivación, mejorando su actitud hacia el aprendizaje y hacia su entorno.

Pero ¿el ApS es un voluntariado? ¿es un trabajo de campo? La respuesta es no. Estas maravillosas prácticas comparten con el ApS algunos elementos tales como la ayuda, el servicio, la solidaridad hacia un problema, etc. Sin embargo, siguiendo a Uruñuela (2016) el ApS tiene aparte un claro componente pedagógico, un vínculo con el currículum escolar donde hay tres fases importantes: la exploración, la acción y la reflexión. Por tanto, es clara la interacción y conexión entre la aplicación de conocimientos académicos (interdisciplinarios), el desarrollo de competencias personales y el trabajo en contextos reales. Toda una experiencia y una aventura para vivir desde el aula y fuera de ella.

## 2.2. Elementos básicos de un ApS y personas implicadas

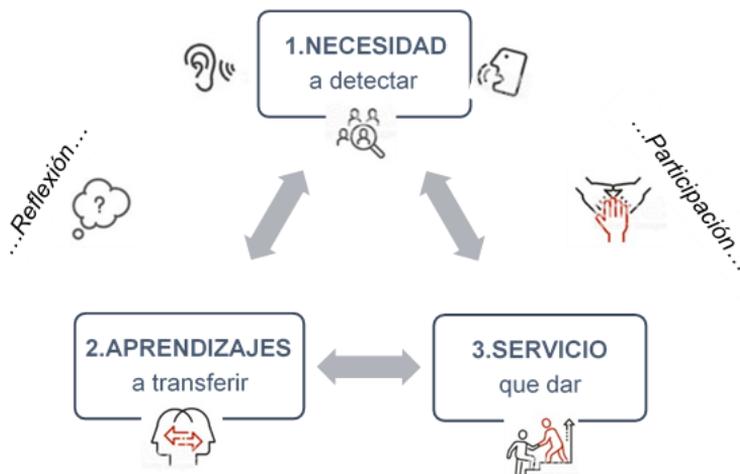
Cualquier proyecto de ApS debe partir de una **necesidad** concreta y real. Por tanto, la detección de necesidades se convierte en el primer elemento clave de esta metodología. Es preciso mirar alrededor de uno mismo y preguntarse ¿qué puedo hacer yo para mejorar esto? En este sentido, hay una necesidad imperiosa de que la escuela se abra al entorno y de que, a los niños, independientemente de la edad que tengan, se les haga ver más allá de sus necesidades, de su propia vida, y que se sensibilicen y empaten con lo que hay a su alrededor. En este sentido, las familias tienen un papel importante. Desde sus hogares se debería hacer un esfuerzo por ofrecer a los niños una educación rica en valores sociales y en el sentimiento de pertenencia al grupo, a la sociedad.

Por otra parte, es imprescindible tener claros cuáles son los **aprendizajes** a transferir. Es decir, qué conocimientos, habilidades, capacidades que están adquiriendo y desarrollando los

estudiantes en sus centros pueden compartir con aquellas personas o situaciones de necesidad. En esta fase hay que hacer un esfuerzo por definir muy bien los aprendizajes, las fortalezas y limitaciones de los estudiantes, y trabajar teniéndolas claras en todo momento.

Los proyectos ApS se materializan en un **servicio** que dar. Por ello, es imprescindible planificar bien qué se va a hacer, cuándo, cómo, con qué, etc. Estos interrogantes marcarán el desarrollo del proyecto en el que la reflexión y la participación son los ejes vertebradores del proyecto. Este tipo de participación requiere que sea activa pues cada individuo implicado tiene un papel importante en el proyecto. Sin embargo, en ocasiones cuesta motivar a profesores y estudiantes a salirse de su propia rutina, de su propia vida, de ver más allá. Se sabe que “para impulsar un proyecto de ApS es condición necesaria promover la participación de los miembros de la comunidad, lo cual supone un reto debido a las prácticas pedagógicas que imperan en las escuelas” (Ochoa y Pérez, 2019, p.1). Por ello, es preciso romper con los sistemas tradicionales centrados en los libros y en la adquisición de conocimiento para demostrar en los exámenes y abrirse a nuevas maneras de enseñar y de aprender que tienen su foco en el entorno, en la aplicación práctica y real del conocimiento.

En la figura 1 se muestra cómo interactúan los diferentes elementos de un Aprendizaje Servicio.



**Ilustración 9.** Elementos que interactúan en un ApS. Elaboración propia

Uruñuela (2016) considera que en estas experiencias la reflexión y la participación son los motores que mueven el engranaje. Son el punto de partida que permanece durante todo el proceso y que adquiere mayor relevancia al finalizar del proyecto. Como se puede ver, los aprendizajes están conectados al servicio y el servicio es una respuesta a la necesidad detectada.

Por otra parte, debido a la naturaleza social de este tipo de metodología las personas que participan se convierten en una gran familia. Una red que trabaja desde diferentes perspectivas en base a un único objetivo. Como propuesta metodológica en los centros educativos el ApS puede ser una experiencia aislada de un profesor, un curso, un departamento, o puede ser una iniciativa del centro. Independientemente de eso, los profesores y el equipo directivo actúan de directores del proyecto, coordinando todas las fases, garantizando la adecuación del servicio y evaluando la experiencia. El proyecto no se puede llevar a cabo sin la colaboración e implicación de los estudiantes que serán quienes den el servicio y quienes transfieran los conocimientos. El

aprendizaje que este grupo obtiene va más allá del simple refuerzo de los conocimientos adquiridos en el aula. Los destinatarios del ApS son las personas que van a recibir el servicio y que, presumiblemente tienen la necesidad detectada. Evaluar su punto de partida, su proceso y su estado final es imprescindible para reflexionar sobre la adecuación del proyecto. Paralelamente a todos estos agentes la colaboración de las instituciones, asociaciones, fundaciones, etc., es de vital importancia para sumar esfuerzos y crear lazos de colaboración entre entidades educativas y sociales que impulsen proyectos ApS conjuntamente.

### **2.3. ApS como experiencia neuroeducativa**

Compartir es la base de nuestra esencia social (Sanz, 2017). Como seres sociales necesitamos del otro para desarrollarnos. La teoría sociocultural de Vygotsky ya nos advertía del impacto de las relaciones sociales y del entorno en el desarrollo del ser humano. Por lo que parece lógico que desde los diferentes ámbitos educativos (formal, no formal e informal) se potencien situaciones de enseñanza-aprendizaje que permitan al individuo desarrollar su dimensión social.

Sabiendo, además, que el cerebro es nuestro instrumento de aprendizaje, tenemos que poner el foco en cómo aprendemos socialmente y lo que supone en nuestro desarrollo y en el de los demás (Guillén, 2012). Pero para entender todo esto es necesario recordar la teoría evolutiva del cerebro triúnicamente propuesta por McLean (1990) quien defiende que el cerebro humano es en realidad tres cerebros en uno: el reptiliano, el sistema límbico y la neocorteza. Se habla, por tanto, de que tenemos un cerebro cognitivo, ejecutivo y emocional que actúa unido, es decir, tres partes en una que nos permite ser y actuar integrando estas tres dimensiones. Centrándonos un poco más, el cerebro social es el que nos permite relacionarnos, empatizar, convivir, etc., y

relacionado con esta necesidad vital para el ser humano encontramos a un grupo de neuronas que parecen ser las responsables, entre otras cosas, de la empatía que sentimos.

En 1991, el neurobiólogo italiano Rizzolatti junto a su equipo de investigación descubrió mientras buscaban propiedades visuales en el sistema motor de los monos un tipo de neuronas que se activaban cuando el animal ejecutaba una acción, pero también cuando estos observaban acciones similares realizadas por otros (Rizzolatti y Craighero, 2004). Las llamaron neuronas espejo. Siguiendo a estos autores, se produce una representación motora de la situación observada y en este proceso las neuronas espejo transforman la información visual y auditiva en conocimiento. Este sistema de neuronas está involucrado en la imitación, pero también en la comprensión de las acciones, quizá por eso cada individuo entendemos de diferente manera o mostramos sensibilidades diferentes ante una misma situación. Esto es así porque cada uno disponemos de un sistema de neuronas espejo específico que nos hace comprender, empatizar y responder de maneras diferentes ante un mismo hecho. Este tipo de neuronas se empezaron a considerar los mecanismos de la empatía emocional (Rizzolatti y Sinigaglia, 2006). De hecho, fueron llamadas por el neurocientífico hindú Ramachandran, “neuronas de la empatía”. En uno de sus estudios neurológicos pudo descubrir, entre otras cosas que pacientes con miembros amputados eran capaces de sentir a través de la activación de sus neuronas espejo.

Está claro que las emociones impactan fuertemente en nuestra forma de ser, pero también en nuestra forma de aprender. De hecho, Mora (2017) afirma que el cerebro necesita emocionarse para aprender. En los últimos años ha emergido una nueva disciplina, la Neuroeducación, que integra la ciencia de la Neurología con los conocimientos de ciencias de la Educación. Desde esta perspectiva, se sabe que las personas aprendemos mejor cuando entran en juego ingredientes como la curiosidad, la

sorpresa, la emoción, la práctica, etc. Es por ello por lo que se justifica científica y pedagógicamente la metodología de Aprendizaje Servicio, pues los estudiantes se sensibilizan con una situación real de necesidad, empatizan con ella, aprenden de diferente manera, empoderando sus conocimientos y capacidades y sintiéndose útiles y solidarios. Hay, por tanto, una clara conexión entre el cerebro y el corazón. Aprender enseñando se convierte en una experiencia neuroeducativa.

#### **2.4. El desarrollo de competencias: aprender a conocer, a hacer, a ser y a convivir**

Cuando se diseña un proyecto de ApS hay una clara intencionalidad pedagógica pero también una intencionalidad social que se funden para que el estudiante despliegue una serie de competencias que le permitan desarrollarse académicamente pero también como persona.

En el popular Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el siglo XXI, conocido como Informe Delors (1996) se hacían explícitos los cuatro pilares en los que se basa la Educación: aprender a conocer que, supone adquirir conocimiento y desarrollar las capacidades cognitivas implicadas en tal proceso; aprender a hacer, que supone desarrollar las capacidades, procedimientos y estrategias para hacer, resolver, etc.; aprender a ser, o lo que es lo mismo, conocerse a sí mismo y construir su propia identidad y personalidad y, por último, aprender a convivir, para lo cual es necesario desarrollar actitudes de respeto, comunicación y relación. Estos pilares son la base en la que se sustenta el Aprendizaje-Servicio.

Además, se consideran los cimientos sobre los que se apoyan las competencias que el individuo desarrolla cuando participa en un proyecto ApS. En él, el “saber” se funde con el “saber hacer” desarrollando un “saber ser” que le permite crecer como persona.

De todas las competencias clave que los estudiantes tienen que desarrollar en su etapa obligatoria, quizá la competencia en comunicación, la social y ciudadana, la de aprender a aprender y la de iniciativa y espíritu emprendedor son las que más entran en juego en este tipo de proyectos. Así mismo, en una experiencia ApS se puede necesitar conocimiento de varias materias, de ahí que el trabajo cooperativo entre asignaturas, profesores e incluso entre etapas educativas sea tan exitoso. Aparte de esto, también se van a desarrollar de manera interrelacionada competencias personales y académicas (Hernández, Larrauri y Mendia, 2009), por lo que la transversalidad y el enfoque holístico e integrador es una de sus características más particulares.

Esta metodología al ponerse en práctica en un contexto real hace que sea precisa una participación activa de los estudiantes, por lo que promueve el protagonismo real del propio aprendizaje. Además, al ser una práctica social requiere de saber trabajar en equipo, de manera cooperativa (Puig y Palos, 2006). Hoy en día, con la irrupción de las metodologías activas, el aprendizaje cooperativo y colaborativo se está convirtiendo en la base de los procesos de enseñanza-aprendizaje. Pero realmente ¿nuestros alumnos saben trabajar en equipo? ¿Seguimos enseñando y ellos aprendiendo de la misma manera que antes? Teniendo en cuenta la reflexión de la LOMCE (2013) sobre la realidad de nuestros días, “necesitamos propiciar las condiciones que permitan el oportuno cambio metodológico, de forma que el alumnado sea un elemento activo en el proceso de aprendizaje” (p. 97860). El ApS, sin duda, persigue este objetivo. Pero, es más, en el preámbulo de la ley se pone de manifiesto que “detrás de los talentos de las personas están los valores que los vertebran, las actitudes que los impulsan, las competencias que los materializan y los conocimientos que los construyen” (p. 3). Todos estos elementos entran en juego cuando llevamos a cabo un proyecto de ApS, de ahí lo completas que son estas experiencias de aprendizaje.

### 3. EL PAPEL DE LAS FAMILIAS EN LA EDUCACIÓN EMOCIONAL DE LOS NIÑOS

Está claro que, desde el ámbito formal, aparte de la enseñanza de contenidos más de tipo conceptual y procedimental, se hace un esfuerzo por desarrollar la dimensión personal y emocional de los estudiantes. Así nos lo recuerdan los Reales Decretos por los que se establece el currículo básico y enseñanzas mínimas de las etapas de Educación Infantil, Primaria, Secundaria Obligatoria y Bachillerato. Pero el desarrollo de las capacidades personales de los niños no es exclusivo del centro educativo. Se sabe que la educación en valores forma parte de los ejes transversales que atraviesan todas las etapas educativas, todas las asignaturas y también, como no podía ser de otra manera, todos los ámbitos educativos. Por ello, desde el entorno familiar es preciso continuar y complementar la tarea que lleva a cabo el entrono formal de educar emocionalmente y en valores a los niños. Esto es así, porque en una sociedad en la que la educación en valores es tarea de todos, se hace imprescindible reflexionar sobre el papel que las familias deben desempeñar en la transformación de los sistemas y entornos educativos (Simón y Barrios, 2019).

Además, Suárez y Vélez (2018) nos recuerdan que la familia es el entorno donde se produce el proceso de socialización primaria, por lo que es el primer contexto donde los niños comienzan a abrirse a un entorno y a unas personas, hasta ahora desconocidas. Un contexto donde comienza a desarrollarse esa dimensión social que va a marcar su proceso de adaptación y de relación con los demás. De esta manera,

la familia se convierte en el primer punto de encuentro social, donde los niños aprenden a comportarse socialmente, teniendo en cuenta las normas de conducta establecidas por su núcleo familiar. Es decir, que es en este sistema que el niño aprende a ser competente socialmente, es aquí donde adquiere los elementos

imprescindibles para comportarse de forma socialmente correcta. Así las practicas familiares reflejan y transmiten los valores que se encuentran presentes en su entorno (p.182-183).

En esta micro sociedad que es la familia, el niño comienza a experimentar en todos los sentidos, por lo que es importante que sea un contexto en el que se cultiven emociones positivas. Teniendo como base los valores propuestos por la Psicología positiva (Peterson y Seligman, 2004) esos valores tienen que tener un claro componente de acción, es decir, que los niños desde sus hogares y fuera de ellos puedan experimentarlos, vivirlos y ponerlos en práctica. De esta manera, van conformando poco a poco su personalidad en base a ellos. A continuación, en la figura 2 se muestra una clasificación de los principales valores propuesta por ambos autores fruto de varios estudios. En ella se describen también las principales capacidades que desarrollan las personas cuando demuestran esos valores en acción. Estas fortalezas son las que se deben propiciar en el entorno familiar para que trasciendan al entorno escolar y social del niño.

<b>Valores en acción</b>	<b>Descriptor</b>
Sabiduría y conocimiento	Creatividad (Originalidad, Inventiva); Curiosidad (Interés por el mundo, Búsqueda de novedad, Apertura a la experiencia); Mentalidad abierta (Capacidad de juicio, Pensamiento crítico); Amor por el conocimiento y el aprendizaje; Perspectiva (Sabiduría).
Coraje	Valentía (Valor); Persistencia (Perseverancia, Diligencia); Integridad (Autenticidad, Honestidad); Vitalidad (Pasión por las cosas, Entusiasmo, Vigor, Energía)
Humanidad	Amor; Bondad o Benevolencia

	(Generosidad, Calidez, Cuidado, Compasión, Amor altruista, Amabilidad); Inteligencia social (Inteligencia emocional, Inteligencia personal).
Justicia	Civismo (Responsabilidad social, Lealtad, Trabajo en equipo); Equidad; Liderazgo.
Moderación	Capacidad de perdonar y Misericordia; Humildad y Modestia; Prudencia; Autorregulación (Autocontrol).
Trascendencia	Apreciación de la belleza y la excelencia (Capacidad de asombro, Admiración, Elevación); Gratitud; Esperanza (Optimismo, Proyección hacia el futuro, Orientación hacia el futuro); Sentido del humor (Humor positivo); Espiritualidad (Religiosidad, Fe, Propósito).

**Ilustración 10.** Valores en acción propuestos por la Psicología Positiva. (Martínez, Gómez y Romero, 2018, p. 149-150)

Los autores de esta disciplina coinciden en que las personas que poseen estos valores y los ponen en práctica en sus vidas son más felices, tienen mejor rendimiento académico y relaciones sociales más positivas (Peterson y Seligman, 2004; Snyder, López y Pedrotti, 2010). Pero ponerlos en práctica no es suficiente, es preciso enseñar al individuo desde pequeño y desde el seno familiar a reflexionar sobre las diferentes situaciones y cómo reaccionar ante ellas. De esta manera, el pensamiento reflexivo permite transformar la experiencia vivida en aprendizaje (Zayas, González y Gracia, 2018).

En relación con los proyectos de ApS se ponen en marcha una nube de valores “que se activan durante el desarrollo de la actividad y que añaden otras virtudes complementarias a la propuesta formativa” (Puig, 2016, p. 14). Por ello, el individuo nunca va a experimentar un valor o una emoción aislada. De igual

manera, el pensamiento y la acción siempre irán ligados a la reflexión.

Por otra parte, al considerarse parte activa de la comunidad educativa, las familias se convierten en agentes imprescindibles para construir entornos acogedores para todas las personas. Es decir, desde las escuelas es preciso contar con familias que, alineadas con una cultura escolar basada en valores y emociones positivas, compartan estos principios educativos (Simón y Barrios, 2019). De ahí, que la escuela aproveche la riqueza de la diversidad de familias y que éstas a su vez, en sus hogares, continúen la educación en valores abierta al mundo.

En definitiva, tal y como afirman Abad y Espinosa (2018), la familia y la escuela “son las dos instituciones sociales más importantes con las que cuenta la civilización humana para satisfacer sus necesidades de educación” (párr.1). La relación de ambas requiere de una gran atención, pues comparten una tarea esencial. De esta manera, su quehacer y su relación deberían ir marcados por la coherencia y la unidad en los objetivos y en las acciones que lleven a cabo desde sus entornos, tanto de manera individual, pero, sobre todo, conjuntamente.

### **3.1. Implicación de las familias en los proyectos ApS**

Se sabe que la familia es un entorno en el que el niño aprende, desarrolla y refuerza sus emociones y sus valores. Paralelamente a esto, también sabemos que el ApS es una oportunidad de inmersión en valores, una metodología que activa esas emociones positivas que el niño está construyendo y que las pone en práctica en situaciones de necesidad real (Puig, 2016). Por ello, es interesante que las familias, como principales agentes educativos, participen en la vida de los centros no sólo de manera pasiva o superficial si no también en los proyectos que lleven a cabo, y compartan estas experiencias personales y académicas con sus hijos.

La participación de las familias en los centros educativos siempre se ha considerado un derecho fundamental y así ha quedado reflejado en todas las leyes educativas de nuestro país. Sin embargo, esta participación va más allá de la mera representatividad en la toma de decisiones, sino que se aboga por una participación más desde adentro, una implicación en la vida y la cultura del centro, en sus actividades y proyectos.

Esta participación en el centro educativo implica la cooperación de dos instituciones con una responsabilidad profunda en la educación. Pero Martínez, Gómez y Romero (2018) recuerdan que, hoy en día, todavía existen padres e incluso profesores que tienen una concepción del aprendizaje algo tradicional, entendida ésta como una siempre acumulación de conocimientos y no una adquisición de competencias claves para la vida. Teniendo en cuenta que las competencias se deben adquirir y desarrollar en todos los ámbitos educativos de la vida del niño parece necesario potenciar la implicación de la sociedad en general y de las familias en particular en la educación de los estudiantes.

Sin embargo, contar con la implicación de los padres y madres en la vida interna de los centros todavía es una asignatura pendiente. Recientemente, Gomariz, Parra, García y Hernández (2019) han llevado a cabo un estudio en el que analizaron la participación de las familias en asociaciones de madres y padres de alumnos (AMPA) y consejos escolares en más de 14.000 familias pertenecientes a 16 comunidades autónomas españolas. A grandes rasgos, los principales resultados muestran la participación de la mitad de las familias en la AMPA, escaso interés por formar parte de su Junta Directiva y una reducida presencia en las actividades organizadas por la asociación. La principal razón es la imposibilidad de conciliación laboral y escolar, pero éste es otro tema que requiere de mayor atención por la cantidad de elementos e instituciones que entran en juego. Además, en el estudio se pone de manifiesto que, a medida que avanzamos en etapa educativa, la

participación de las familias es menor. Por lo que es urgente una reconciliación entre familia y escuelas, así como una mayor comunicación e interacción. Aunque en este sentido, los canales de comunicación entre ambas instituciones han proliferado en los últimos años, entre otras razones, debido al uso de la tecnología (Bordalba, 2019).

Lo que está claro es que las familias siempre se han considerado unas grandes aliadas para la mejora educativa y un gran recurso para apoyar al profesorado en su quehacer diario (Simón y Barrios, 2019). Además, los padres y madres, e incluso otros miembros de la familia, “disponen de información, talentos y perspectivas que son de gran utilidad para que el centro educativo alcance el objetivo común de optimizar el aprendizaje y la participación de cualquier alumno” (p. 52). En concreto, los proyectos ApS están abiertos a la participación de cualquier persona o institución interesada en colaborar. En este contexto, las familias pueden ofrecer ideas, recursos, tiempo, pueden participar en las tareas de difusión, o pueden simplemente acompañar y animar a los niños en sus trabajos.

En definitiva, situaciones de enseñanza-aprendizaje como las que ofrece el ApS, en las que el estudiante desarrolla valores, transfiere aprendizajes y vive experiencias favorecen una “ética del cuidado y de la justicia y contribuyen a una nueva definición del concepto de educación, en tanto que fomentan el aprendizaje significativo y revitalizan la dimensión ética y ciudadana de los procesos educativos” (Zayas, Gozávez y Gracia, 2018, p. 1). Y estas experiencias son interesantes compartirla también con las familias.

#### 4. EL ApS EN LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CIUDADANÍA RESPONSABLE SOCIALMENTE

Tal y como se ha comentado, es imprescindible que desde todos los ámbitos educativos se desarrolle la dimensión social del niño. Un niño que sea más consciente de su alrededor, de los problemas y necesidades que existen, más consecuente con sus acciones, más comprometido con su entorno y más motivado en su aprendizaje. Ya la LOMCE (2013) nos recuerda que la Educación persigue la construcción de una ciudadanía activa y democrática. Por lo que educar en valores se convierte en el principal reto de familia, escuela y sociedad, reto que pretende alcanzar el objetivo de construir una ciudadanía global en este mundo tan plural y diverso en el que vivimos.

Sin embargo, en ocasiones, parece que la formación académica que reciben nuestros estudiantes va por un camino opuesto o, por lo menos, está muy alejada del compromiso social deseable. Se hace, entonces, urgente repensar la manera de enseñar y de aprender en la escuela y poner el foco en la vida social de la institución educativa. Precisamente, Lotty y Betti (2019) consideran que ese vínculo entre la comunidad educativa y la realidad social genera una retroalimentación continua dentro y fuera del aula gracias a esa reciprocidad que se crea en los proyectos ApS. Puig y Palos, ya en el 2006, ponían de manifiesto la necesidad de crear una red de alianzas entre las instituciones educativas y las entidades sociales que trabajaran en aras de dar respuestas a las necesidades sociales y facilitar servicios a la comunidad. Por ello, desde prácticamente todas las comunidades autónomas de nuestro país se empezaron a crear centros promotores de ApS. Los grupos territoriales son la base para el crecimiento de esta metodología, cada uno ha despertado y crecido a su ritmo y este hecho ha sido esencial para que el contagio funcionara (Battle, 2013).

Por otra parte, hoy en día estamos siendo testigos de los efectos de la globalización que, entre otras cosas, amplía el concepto de ciudadanía (Zayas, Gozávez y Gracia, 2018). Además, sabemos que “en nuestras sociedades multiculturales

conviven en un mismo espacio físico, social y político colectivos con señas de identidad (lenguas, tradiciones y costumbres, historia, religión) diferentes. Actualmente Europa está siendo espacio de tensiones y confrontaciones que ponen en peligro la cohesión social” (p. 1). Desde los hogares y las escuelas no podemos quedarnos de brazos cruzados. Proyectos como el ApS se convierten en metodologías dispuestas a educar a una ciudadanía que sea reflexiva, participativa y crítica ante los hechos que sucedan a su alrededor y, a su vez, que sean capaces de contribuir a la búsqueda del bien común.

#### **4.1. El ApS como vía hacia la Responsabilidad Social Educativa**

Hoy en día se habla mucho de la responsabilidad social que tienen que tener las empresas para/con la sociedad en la que están inmersas. La fuerza de la acción colectiva de la que hace referencia el Pacto Mundial (ONU, 2012) fomenta la responsabilidad y el compromiso de las empresas para responder socialmente a los requerimientos de la globalización.

Dentro del contexto educativo, existe una gran variedad de definiciones de este concepto y todas coinciden en entender la Responsabilidad Social Educativa (en adelante ReSEd) como la disposición voluntaria que la institución educativa tiene como un espacio natural donde surgen posibilidades reales de desplegar cada individuo hacia los demás (Martínez, 2014). Esta responsabilidad comienza por la actitud individual de cada sujeto que, en grupo, da forma a una nueva manera de entender, de ser y de actuar desde el dentro (escuela, empresa, hogar) hacia afuera (la sociedad).

Pero en ocasiones, vemos cómo el sistema educativo se mantiene ajeno ante las necesidades sociales, por ello, metodologías como el ApS proporcionan respuestas desde actitudes que pasan de preocuparse por las cosas a ocuparse de

ellas y tomar partido (Murillo y Aramburuzabala, 2014). Estas experiencias permiten hacer investigación-acción y partiendo de esa responsabilidad que genera el mirar alrededor y querer hacer algo para mejorarlo, se van a consolidar los lazos comunitarios entre escuela y entorno (Lotti y Betti, 2019). Esta doble transformación, tanto de las personas que dan el servicio, como de las que lo reciben, tiene un impacto directo en el conjunto de la comunidad (Puig, 2016). El desafío que se le presenta a la institución educativa, ya sea escuela o universidad, es “trabajar para que el desarrollo de la propia personalidad no esté desconectado de los problemas del resto, para lo cual es fundamental el sentimiento de pertenencia a dicha sociedad, sentirla y vivenciarla como algo propio” (Zayas, Gozávez y Gracia, p. 6)

Sin embargo, para que esta manera de entender y de enseñar-aprender se consolide es necesario su institucionalización. Hoy en día vemos como cada vez están creciendo más las redes que involucran a escuelas, universidades, asociaciones y autoridades locales con redes como el Centro Latinoamericano de Aprendizaje y Servicio Solidario en América Latina (CLAYSS, 2019) o la Red Española de Aprendizaje Servicio en España, entre muchas otras. Todavía queda mucho por hacer para que el ApS se institucionalice y esté inmerso en las prácticas educativas de todas las etapas educativas de todos los países. Pero estamos por buen camino, un camino que requiere de fortalecer las iniciativas de las comunidades educativas y la reflexión conjunta.

Por otra parte, si se pretende que los centros educativos ejerzan esa responsabilidad social que les corresponde como institución educativa es preciso que los profesores, tanto los que están en activo como los futuros maestros en formación, posean conocimientos sobre diferentes maneras de practicar su compromiso y dar servicio a la comunidad. Por ello, el ámbito universitario tiene un desafío importante en este sentido. Además,

sabemos que la Universidad del siglo XXI ha experimentado profundos cambios en las últimas décadas consecuencia de la implementación del Espacio Europeo de Educación Superior (en adelante EEES) y de la adaptación a las nuevas necesidades y realidades de hoy en día. Ruiz y García (2019) consideran que este contexto ayuda a sentar las bases para adoptar una nueva mirada hacia los procesos de enseñanza – aprendizaje. Mirada que necesita de un salto cualitativo desde paradigmas basados en la transmisión unidireccional de contenidos a paradigmas más constructivos que pongan el foco en la práctica, en el protagonismo del estudiante, en la adquisición de competencias y no solo de conocimientos y en una relación directa con la realidad. Por ello, cada vez más, se están ofreciendo programas de formación inicial y permanente del profesorado adaptados a las nuevas circunstancias.

En nuestro país, en el ámbito de la educación superior, la institucionalización del ApS ha sido propuesta por la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas en un documento de apoyo a esta metodología como estrategia docente para desarrollar competencias en sostenibilidad, y todo ello inmerso en un contexto de Responsabilidad Social Universitaria (CRUE, 2015). Vemos, por tanto, que está habiendo una respuesta de las políticas universitarias de formación a las directrices normativas europeas sobre el desarrollo profesional docente (Álvarez, Martínez, González y Buenestado, 2017; Tello, Cerrillo, Mateos y Aramburuzabala, 2017).

En el contexto de esta etapa educativa y en relación con la formación del profesorado, Martínez, Gómez y Alfaro (2017) describen una experiencia ApS para empoderar a las escuelas de padres como mecanismo para atender a necesidades de inclusión y desmotivación en estudiantes de Educación Primaria. Todo ello a través del fortalecimiento de relaciones entre familia y escuela y a través de un taller de aprendizaje autónomo desarrollado de manera voluntaria por futuros maestros (Gómez y Martínez, 2018).

Siguiendo a los autores, los profesores de las primeras etapas son profesores de los niños, pero también asesores de los padres y madres y tienen la responsabilidad social de dar soporte a todo tipo de familias para garantizar su inclusión y mejorar su proyecto educativo y su proyecto de vida. Para que este tipo de iniciativas tengan cierto calado en la cultura pedagógica y en la formación de los estudiantes de esta etapa “es necesario que la política universitaria reflexione acerca del sentido práctico que tiene la formación ético-cívica del alumnado universitario, pensando en estrategias y programas que sirvan para el compromiso social para el que muchos jóvenes están dispuestos y preparados” (Zayas, Gozávez y Gracia, 2018, p. 7). En el momento en el que estamos donde cada vez se valora más la innovación pedagógica en las prácticas educativas es preciso reforzar el papel de la universidad como agente transformador y formador (Agrafojo, 2018).

#### **4.2. El ApS como respuesta a los Objetivos de Desarrollo Sostenible**

En 2015, la ONU aprobó la ya conocida “Agenda 2030 sobre el Desarrollo Sostenible”, una oportunidad para que los países se unan en un acuerdo global de trascendental importancia para la historia de la humanidad en materia de interés general y con el simple pero sustancial objetivo de mejorar la vida de todos al promover la prosperidad y proteger el planeta. Alfaro, Arias y Gamba (2019) consideran que es una de las mayores movilizaciones políticas, sociales, etc. y, en definitiva, humanas para ayudarnos a ser conscientes de la situación presente y comprometernos con la mejora. Esta Agenda cuenta con 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (en adelante, ODS):



**Ilustración 11.** Objetivos de Desarrollo Sostenible. ONU (2015)

Estos objetivos suponen un marco global en el que apoyarse para hacer frente a los mayores retos de la sociedad actual. Es decir, las empresas en general y también las instituciones educativas que pretendan alinear sus actuaciones de responsabilidad social con estos objetivos deben tener en cuenta las fases que deben seguir para garantizar que se cumpla con la filosofía y los principios de la Agenda 2030. Según Alguacil (2019) éstas son: Conocer la empresa (objetivos que persigue y cómo perseguirlos), elegir un enfoque y centrarse en aquellos objetivos más afines a la empresa, establecer metas alcanzables y compartir los avances (Alguacil, 2019).

Estos objetivos van a marcar la agenda de todas las políticas mundiales durante los próximos años, pero está claro que no podrán ser alcanzados solamente por los gobiernos de los diferentes países. Se hace necesaria, por tanto, la colaboración e implicación de instituciones, asociaciones, empresas, familias, centros educativos, etc., para poder afrontarlos. Por ello, desde el ámbito educativo, debe existir una cierta sintonía entre los sistemas educativos y su manera de entender y acercarse a las necesidades y problemas presentes y las propuestas de desarrollo humano reflejadas en la Agenda.

Además, en la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, se resalta el papel de las familias como principales agentes de dicho desarrollo, por lo que existe un compromiso mundial por el que desde cada hogar las familias cumplan con sus principales funciones y garanticen un entorno adecuado para ejercer los derechos de cada niño y desarrollarse como personas. Martínez, Gómez y Romero (2018) recuerdan que a la familia se la reconoce como uno de los entornos más importantes donde se produce la transmisión de valores. Estos son esenciales para hacer realidad los objetivos de la agenda del desarrollo sostenible, pero también requieren de un impulso y un trabajo complementario en otro de los ámbitos en los que el niño pasa más tiempo, éste es, la escuela. Es por ello, por lo que desde los centros educativos se debe poner el foco no sólo en la transmisión de conocimientos y adquisición de competencias sino también en la formación en valores que permitan a los estudiantes mejorar como personas. En este contexto y, tal y como se ha comentado anteriormente, metodologías como el ApS permiten aglutinar estos tres objetivos: conocimientos, competencias y valores. Con el Aprendizaje-Servicio, desde las aulas, las ideas se transforman en actos y los actos responden a compromisos. Además, esta metodología encaja a la perfección con cualquiera de los ODS. Si bien es verdad que el objetivo 4 de la Educación de Calidad debe suponer el principal reto para toda institución educativa, cualquiera de ellos puede ser objeto de servicio a la comunidad. Por ejemplo, compartir y aplicar los conocimientos sobre el reciclaje proponiendo a la asociación de vecinos del barrio de cada estudiante un decálogo de cómo reciclar adecuadamente para posteriormente evaluar sus acciones durante un período de tiempo o, por ejemplo, desde asignaturas como Filosofía o Ética, diseñar e impartir en Primaria o Secundaria Obligatoria un taller sobre los derechos de las personas y la igualdad de género para evitar situaciones de discriminación, bullying, etc.; o, desde las asignaturas de Geografía, Historia e incluso Conocimiento del medio se estudia la situación y

características de un país como la problemática de sus habitantes en cuanto a pobreza, hambre, etc., y se recolecta alimentos no perecederos (se estudian sus características, propiedades, etc.) y se envían al país destinatario haciendo un seguimiento y creando lazos, etc.

Como se puede ver, las iniciativas esporádicas aportan su granito de arena y favorecen la construcción de un mundo mejor. Por ello, se insta a los diferentes gobiernos que hagan un seguimiento y evalúen las prácticas regionales para conocer el impacto mundial de todas las experiencias que se hagan. Desde las instituciones educativas, ya sea en la etapa de infantil como en la educación superior, los proyectos de ApS se convierten en oportunidades para alcanzar esos objetivos de desarrollo sostenible que son un reto, no sólo mundial si no también personal y así es como lo tenemos que entender las personas que nos dedicamos a la Educación. Objetivos a los que nos comprometemos desde nuestra pequeña parcela, nuestros procesos de enseñanza-aprendizaje solidarios.

## 5. REFLEXIONES FINALES

La sociedad está evolucionando hacia un individualismo peligroso (Battle, 2013), por lo que es urgente que, desde todas las esferas de la vida (la escuela, la familia y la sociedad) se haga un esfuerzo por empoderar al individuo como motor de vínculo hacia el grupo, la colaboración y la cooperación. Es imprescindible educar la dimensión social y emocional de los más pequeños para cultivar en ellos la semilla de las relaciones positivas entre personas. Esto que suena tan bien, es un tarea difícil y compleja por la cantidad de factores y agentes que intervienen en esta misión/visión. Entre ellos, la familia y la escuela, como las dos instituciones más importantes en la vida del niño tienen que

trabajar codo con codo y mirar en la misma dirección. En este sentido, Lotti y Betti (2019) afirman que,

*ante la pérdida del valor social y cívico de la enseñanza-aprendizaje, cada vez es más necesario recurrir a prácticas que fortalezcan los vínculos y las colaboraciones entre las escuelas y el territorio [...]. Al tener el carácter de reciprocidad, el aprendizaje-servicio tiene un gran potencial en este sentido, ya que puede producir un doble cambio de visión: en los estudiantes, pero también en la comunidad, en la organización y en el territorio que interactúa con ellos. (p.85).*

El ApS, gracias a su poder formador y transformador contribuye a interrelacionar los tres elementos más importantes en la formación de una persona: los conocimientos, las competencias/habilidades y las actitudes/valores. Poniendo el foco en este tercer elemento, estamos antes un método de la pedagogía activa y reflexiva que ayuda al estudiante a conectar con su realidad. Esto es aprendizaje significativo, esto es dar utilidad al conocimiento que se les enseña. Sin duda, el ApS cambia las perspectivas del que enseña y del que aprende (Ochoa y Pérez, 2019).

Sin embargo, el ApS no es la panacea de la Educación. Es una práctica que, como cualquier otra, tiene sus limitaciones. Por ejemplo, Álvarez, Martínez, González y Buenestado (2017) hablan de que algunas prácticas se enfocan más al servicio que a la transmisión de conocimientos curriculares por lo que se asemejan más al voluntariado que al ApS real, o incluso la falta de evaluación en las experiencias ApS, etc. En cualquier caso, lo importante es dar la oportunidad a los estudiantes de ser un poco más conscientes de su entorno y de lo que pueden hacer por mejorarlo. Por ello, desde las instituciones educativas debemos permanecer serenos ante las nuevas metodologías de enseñanza-aprendizaje, ante lo desconocido, debemos reinventarnos, aprender, desaprender, etc. Desde el rol del profesor y de las familias,

debemos replantear nuestra manera de enseñar y de educar teniendo en cuenta los ODS y mirando más allá de nuestra aula o de nuestro hogar. Pues tenemos en nuestra mano, la educación y la formación de niños que están construyendo su personalidad para ser ciudadanos democráticos, responsables, respetuosos, libres.

El ApS constituye una propuesta que intenta dar respuesta a uno de los retos educativos más importante de nuestro tiempo, la desmotivación del educando. Este problema, junto a la falta de relación entre las enseñanzas académicas y la vida real hace que nos planteemos un cambio en nuestro quehacer diario (Zayas, Gozávez y Gracia, 2018). La educación en valores es la principal razón para que se justifique las nuevas iniciativas de enseñanza-aprendizaje activas, innovadoras y emocionales. En este contexto hace que sea necesario tender un puente entre la escuela y el entorno, en el que la familia asume un papel esencial porque se suma como principal ámbito de transmisión de dichos valores. Su responsabilidad social hace que, junto con el compromiso de las instituciones educativas, se formen ciudadanos que estén bien preparados académica y profesionalmente, pero, sobre todo, que sean buenas personas.